

Eloy Alfaro, una lectura necesaria

Roque Rivas Zambrano, editor y docente.

Hace poco -el 28 de enero- se cumplieron 89 años de la Hoguera Bárbara y aunque la materialización de este horrendo suceso no dista todavía un siglo de ocurrido, suena lejano en el recuerdo de los ecuatorianos.

¿Qué está pasando con la memoria histórica de los ecuatorianos? Hay un principio que reza que los pueblos que no aprenden de su historia están condenados a repetirla.

Algo de eso puede estar ocurriendo en nuestro país, pues, hace más de un siglo -por allá por los años 1860-1870 y 1880-, la ignominia envolvía a la República, tanto que fue necesaria una revolución: la del 5 de junio de 1895, para salvar el honor de la República. Pero hoy, la peste de esos tiempos parece haber regresado.

En realidad, apenas han transcurrido más de cien años de haberse dado grandes gestas encabezadas por insignes figuras liberales, para reorientar los destinos del país, y hoy otra vez la descomposición lo tiene postrado.

Es probable que en estos días no haya nacido todavía un titán de la talla de Eloy Alfaro Delgado, para que reivindique la dignidad nacional, por ello se vuelve imperativo revisar lo que fue la filosofía de su vida para tratar de emularlo.

Antes de llegar al poder en 1895, este apóstol de las libertades y patriota a cabalidad, pasó más de 30 años batallando contra el despotismo y el latrocinio enquistados en el Ecuador. Muchas veces fue derrotado pero siempre se levantó de la cenizas, como el ave fénix, para comenzar de nuevo.

Alfaro, conocido también como “El Viejo Luchador” y el “General de las Cien Batallas”, jamás dio reposo a su alma mientras supiese que en el Ecuador se irrespetaban las libertades y mientras la cleptomanía hubiese sido convertida en práctica de gobierno.

Su lucha comenzó desde muy joven; nacido en Montecristi, provincia de Manabí, sus dotes de hombre indómito fueron advertidos desde su niñez. Su carácter y su tenacidad, lo distinguieron entre sus hermanos, que dicho sea de paso también fueron guerreros del honor.

Su preocupación por el Ecuador se agigantó al advertir que el país aún seguía con las dificultades inherentes al período constituyente de la República.

Y en realidad, el estado social del país en su tiempo, era deplorable; el 90 por ciento de la población vivía en la obscuridad del analfabetismo, las vías de comunicación eran rudimentarias, el trabajo de la imprenta lucía muy limitado y la pobreza había engendrado el caudillaje.

La falta de contactos con las ideas foráneas, habían creado el aislamiento intelectual y el garcianismo se imponía con fuerza opresiva que irrespetaba la dignidad humana.

Llega un momento en que Alfaro, quien había viajado ya por otros países, reacciona vigorosamente contra este estado de cosas y no vacila en ocupar la posición de sacrificio y peligro que su deber

cívico le señala. Se acerca a los jefes liberales de Manabí y comienza así lo que será un largo batallar por un nuevo Ecuador.

Desde entonces este hombre extraordinario no descansará jamás hasta alcanzar cambios profundos en el país; su vida transcurrirá en medio de decenas de expediciones revolucionarias iniciadas en Panamá unas veces y otras desde Perú. Gastará todo su patrimonio por las mejores causas del Ecuador e incluso enfrentará graves penurias económicas, que afectarán a su propia familia. Pero todo esto no le arredrará.

Cuando todas sus posibilidades estaban agotadas hará un peregrinaje por América para buscar apoyo para su causa. Recorre Centro América: va Guatemala, a Nicaragua, a El Salvador; luego vuelve a Perú y después irá a Chile, Argentina, Uruguay, Brasil y Venezuela. Visitará Nueva York, regresará a Costa Rica y retornará a Panamá. Luego viajará a México y California y de allí saltará otra vez a América del Centro, donde influye para arreglar un conflicto bélico que tenía a punto de una guerra total a todos los países de la región. Aquí también establece una gran amistad con los gestores de la independencia de Cuba.

A principios de la década de 1890, Alfaro andaba ya por los 50 años, aunque físicamente aparentaba tener muchos más. En Ecuador las cosas seguían ardiendo; los levantamientos y revueltas se suceden y él lucha en el exilio por vencer las dificultades económicas para vigorizar el movimiento revolucionario.

El 4 de junio de 1895, se halla en Corinto, Centro América. Al día siguiente una muchedumbre desconoce la presidencia de Salazar y le designan jefe supremo de la República y General del Ejército. En el acta de este pronunciamiento se declara que el patriotismo y la abnegación sin límites, de Alfaro, lo han hecho el alma del movimiento popular derrocador de la oligarquía que se impuso por la fuerza y mantuvo al país sumido en la desgracia.

El peregrino de honor y la libertad toma entonces rumbo a Ecuador. El 18 de junio desembarca en Guayaquil y asume los destinos de la nación. Enseguida emprenderá para el país su obra transformadora.

Aquellos eran tiempos quijotescos y románticos, donde el afán de enriquecimiento personal no contaba: la Patria estaba en primer lugar y su honor se defendía con el precio de la propia vida.

Alfaro marca así una de las pocas etapas de la República en la que la acción gobernar se traduce la más pura expresión de servicio; no del atraco, como ocurre hoy. Y quizás por eso los gobernantes actuales hablan poco de Alfaro porque la sola pronunciación de su nombre significa redención social y nacional.

Es claro que los traidores de su pensamiento hacen hoy todo lo posibles por proscribirlo de la memoria histórica de nuestro pueblo, pero cada vez que se evidencia asimismo como 'vendepatria', el ideario de Alfaro se vuelve más urgente que nunca, más cuando su provincia Manabí y casi su ciudad natal Montecristi, han sido convertidas en cabeza de playa para la ocupación foránea.

Hace falta entonces releer a Alfaro para alimentar el orgullo de ser ecuatorianos...

Datos

- La pasión por la libertad y la dignidad humana, llegan a ser en Alfaro un estado de alma. Su vocación de patriota nunca cayó en la tentación del entreguismo fácil ni de la claudicación.
- "Cuando un pueblo se halla sumido en la servidumbre, se salva tan pronto como un núcleo de hombres honrados se propone sacrificarse por la salud pública": Eloy Alfaro.